


Manuel Martínez
Casanova

*La mítica
y la mística del
horror: «justificación»
antropológica de la
guerra**



a problemática de la guerra tiende a convertirse en tema principal de muy diversos foros a partir de la «cotidianidad» con que la misma viene presentándose. Pareciera que una orientación fatal conduce inevitablemente a la sociedad a hacer de la guerra su manifestación «cultural» preferente, a pesar de los pretendidos logros de la civilización humana. Podrían existir argumentos suficientes para justificar la red denominación de nuestra especie despojándola del calificativo de *sapiens* para subrayar la propiedad más significativa del ser humano, sustituyéndola por la aparentemente más justa de *Homo bellicus*.

Pero de ninguna manera esta apreciación nos debe conducir a considerar la guerra una manifestación de la esencia humana y si algo nos reúne a todos aquí, es precisamente la convicción de que el análisis de la guerra puede conducirnos a esclarecer sus mecanismos y a propiciar la conjuración de esta forma sublimada y terrible de la violencia social.

Cualquier análisis de esta problemática choca desde sus inicios con no pocos obstáculos y dificultades.

La primera pudiera ser la relativa a la diversidad de acepciones de «guerra» que se han venido añadiendo a las que pudiéramos considerar «clásicas». Hoy se entiende por tal no solo el conflicto bélico entre países o incluso entre facciones diversas de un mismo país. Se habla también con mucha propiedad de

* Ponencia presentada en mesa redonda central del IX Congreso de Antropología (Popayán, Colombia, 19 al 22 de julio de 2000).

guerra «ideológica», de guerra «económica» y de guerra «fría», en las cuales no median las armas ni los enfrentamientos «violentos». Se hace frecuente hablar de guerras «sucias», «encubiertas», «de baja intensidad» e incluso de guerras «humanitarias», haciendo gala de liberalismos lingüísticos que parecen más ironías que intentos serios de clasificación.

En cualquier caso no podría renunciarse a considerar bajo tal denominación a las cada vez más frecuentes formas de violencia exacerbada con cifras aterradoras de víctimas humanas y daños de todo tipo. Se puede hablar en muchos países y áreas del planeta de guerras sociales generalizadas en la medida en que las cifras de muertos e impedidos causados por las enfermedades curables, por la violencia callejera y doméstica, por los conflictos étnicos, raciales, de sexo, etc., son muchas veces superiores a los provocados por las contiendas bélicas propiamente dichas.

Lo anterior nos conduce al no menos complejo aspecto del sentido y dimensionamiento diverso que se da a la guerra. A través de la historia se ha fundamentado la misma en opiniones que van desde su significación cósmica, pasando por considerarla un estado natural de la humanidad (Hobbes), un medio providencial equivalente al juicio de Dios (Hegel), atribuirle un carácter regulador de los excesos de población y una necesidad natural que la convierte en recurso de la selección y la perfección social (Malthus), hasta su inevitabilidad y carácter eterno (Dühring) o su condicionalidad cultural inevitable en un futuro cercano (Huntington).

Pero parece ser una regularidad de todo tratamiento que se hace de la problemática de la guerra la expresión de una cierta necesidad de «justificarla», dado la frecuencia con que aparece y la facilidad con que se le invoca.

Muy pocas veces, por no ser rotundo en nuestra afirmación, se recurre en la reflexión sobre los conflictos bélicos a las causas reales de los mismos. Quizás cierta vergüenza de la civilización humana nos conduce al ocultamiento, consciente o no, de tales causas reales por cuanto estas resultan ser inhumanamente vulgares, pragmáticas, despiadadas, grotescas y terribles. Por ello se tiende a justificarlas aduciendo factores subalternos, reales o no, pero por ello, elevados al estatus de mitos enaltecedores de la acción violenta que se pretende justificar.

Los «mitos» belicofilicos son de naturaleza diversa. Los hay de carácter abiertamente político que son muy frecuentemente utilizados como sucede con el «deber de defender vidas y haciendas de ciudadanos», las «represalias contra acciones intolerables», el «garantizar la paz y el orden nacional o internacional», la «seguridad nacional», el «peligro comunista», etc.

Otros «mitos» pueden asumir argumentaciones económicas, éticas e incluso religiosas y contribuir con ello a la fundamentación bélica deseada.

Pero nuestro interés se concentra en los «mitos» de «argumentación» antropológica que recurren, fundamentalmente, a referentes étnicos y culturales para lograr los objetivos propuestos.

Generalmente los mitos son manipulados para movilizar la «razón» y el «sentimiento» sublimados, con lo que se pretende propiciar la fanatización de amplios sectores de la sociedad, especialmente de aquellos «predestinados» por los interesados en la guerra a aportar la carne y la sangre de la misma. Surge así, inevitablemente, una mística de la guerra que aspira a lograr superar los resultados esperables de la «razón» y el «argumento», añadiendo la fuerza de la «emoción» y la «pasión».

Especial lugar ocupa en ello el propiciar el horror ante ciertas ideas, puntos de vista, acciones, movimientos sociales, sectores y grupos humanos diversos, que se convierte en frecuente recurso para movilizar a la sociedad, o al menos a parte de ella, en el enfrentamiento, la neutralización, el rechazo e incluso la destrucción de los primeros.

La acción por el horror es automática, irracional, canalizable por la mitificación, conducible por las banderas de la mistificación.

Lo horrendo es generalmente sacado del arsenal de características étnico-culturales de los pueblos o sectores sociales «enemigos», no importa cuán reales o falsos, cuán justidimensionados o grotescamente deformados sean tales o cuales características del otro. En cualquier caso ello se presta a la manipulación más atroz, propiciando con tales justificaciones míticas y enajenaciones místicas, el que muchos puedan pensar no solo en la inevitabilidad de todas las guerras, sino en el carácter «justo» y «humano» que a toda costa a ellas trata de atribuírsele, las más de las veces sin merecerlo.

Para enfrentar al «enemigo» se suelen utilizar dos procedimientos gestores del mito:

a) Minimizar al otro; recurso dirigido a hacerlo insignificante, despreciable, inmerecedor de cualquier tratamiento humano, y generalmente a convertir la acción bélica en corrección o castigo en unos casos y en limpieza o «descontaminación» social en otros.

b) Maximizar al otro; cuando se movilizan los recursos del temor mediante una pedagogía y una propaganda sistemáticas como vía para movilizar la acción mística dirigida a la neutralización e incluso al exterminio del enemigo por el terror que se deriva de la posibilidad de su acción e incluso de su existencia.

Para evitar cometer errores en nuestro análisis se hace necesario basar la reflexión en una realidad concreta que no permita generalizaciones vanas. Me remito por ello al contexto histórico-geográfico cercano a mi experiencia, en este caso el Caribe, cuya valoración propicie sacar conclusiones que contribuyan a arrojar luz sobre ese mundo tenebroso de la guerra y que favorezcan ser tenidas en cuenta por todos los interesados en la reflexión antropológica específica que nos trata.

Por *Caribe* entiendo el área, multiétnica y multicultural por excelencia, limitada por el mar de dicho nombre y que incluye las islas y la tierra firme litoral que son bañadas por sus aguas.

En mis consideraciones trataré de circunscribirme a ello, no por dogma, sino para evitar complejidades disociadoras.

Si de guerras se trata, El Caribe resulta ser una región especialmente pródiga. Esta área ha sido y sigue siendo tablero lúdico gigantesco en el que se han venido efectuando en diferentes momentos y con diferentes intensidades, las más de las veces por jugadores situados fuera del mismo, diversas maniobras, incluyendo las de carácter bélico, por más de 500 años.

El Caribe fue puente entre el resto del orbe y el Nuevo Mundo y se llegó a consolidar como puerta de entrada estratégica de las acciones e intereses geopolíticos de las grandes potencias para con Nuestra América.

Es el Caribe reducto de colonialismos abiertos y solapados, histórica frontera de imperios que han pretendido convertirlo en su *mare nostrum*, logrando con ello hasta hoy mantenerlo dividido en múltiples y reducidos estados portadores de potenciales conflictos y latentes violencias capaces de convertir la re-

gión en una de las más convulsas y bélicamente activas de todos los tiempos.

Aunque sus especificidades hacen de esta región un área diferenciable del resto de América, la reflexión sobre la problemática bélica en este entorno posee a nuestro entender suficiente validez para comprender mecanismos y tendencias de la guerra en general.

En el marco del Caribe los principales «mitos» horrorígenos y belicofilos han sido: la «naturaleza diferente» del indio, el «salvajismo» del negro, la «vileza» del mestizo, la malignidad del criollo y la maleficencia del «otro», todos ellos provocadores de místicas segregacionistas, racistas, chovinistas, xenofóbicas, e incluso genocidas en diferentes intensidades y concreciones.

La referencia a algunos de ellos y a su rol en los mecanismos sustentadores de la guerra conduce a entender la realidad caribeña y sacar conclusiones aplicables, por similitud, a otras zonas de América.

La primera gran guerra de la que se tienen noticias en América, se inició en El Caribe. Lejos de ser un encuentro cultural la Conquista fue, sin duda, un cataclismo bélico. El saldo: el exterminio definitivo en apenas un siglo de los diversos pueblos y culturas indígenas existentes en el territorio insular y el considerable deterioro del resto.

Con aquella guerra comienzan los primeros mitos, los relativos al «indio», primeramente rebajándolo al nivel de ser irracional, con lo que se pretendía justificar su esclavitud, y luego como supremo y aborrecible criminal, para lo cual se hipertrofian unas características culturales o se deforman grotescamente otras con vistas no solo a silenciar las voces que en nombre del humanismo cristiano ya se alzaban, lamentablemente con fuerza y agilidad insuficientes para evitar el genocidio antillano, sino a justificarlo cuando se llamó incluso al exterminio de aquellos como peste americana.

La gestión para alimentar el mito de la naturaleza diferente del indio caribeño supo aprovechar la diferencia cultural que desde un principio se evidenció para los europeos.

En este proceso se subrayaron como características culturales más significativas las siguientes:

a) Se destacó el carácter «irracional» de la alimentación aborigen, dada por la costumbre de comer cualquier cosa que fuera

nutritiva, incluida muchas valoradas como sucias y asquerosas por el europeo.

b) La presencia de deformaciones artificiales de la cabeza u otras partes del cuerpo, como por ejemplo las orejas, la nariz y la boca, aspecto este muy común entre los taínos y caribes.

c) El uso de tatuajes y pinturas corporales que eran considerados como signos demoníacos.

d) La desnudez, manipulada en la mayoría de los casos como inmoralidad y libertinaje pecaminoso.

e) Las normas sexuales indígenas, especialmente la presencia de la promiscuidad, el incesto y la pederastia que tan frecuentes eran en la propia Europa, consideradas como opuestas a las cristianas y por ello interpretadas como aberraciones diabólicas.

f) Las costumbres funerarias y las propias religiones aborígenes, identificadas estas últimas con el paganismo y la idolatría.

g) El trofeísmo fetichista de partes de los cadáveres de los jefes y guerreros muertos en las guerras y en los sacrificios realizados.

h) Especial lugar jugó la hiperbolización de dos características culturales aborígenes intensamente repudiadas por la cosmovisión cristiana: los sacrificios humanos y el canibalismo.

Un estudio concienzudo de la malsana deformación de tales aspectos, no libres en su manifestación del impacto causado por la propia conquista en la existencia misma de los pueblos aborígenes, está muy lejos de haber culminado. Pero la evidencia de tal manipulación propagandista en función de los intereses de la conquista la puede encontrar el estudioso en cualquiera de las numerosas crónicas de la época.

Si bien es cierto que la visión cristiana del conquistador podría identificar algunas de estas costumbres con los más aborrecibles pecados ya «superados» en Europa, como los sacrificios humanos y la antropofagia (aunque debe recordarse que en la misma época se sacrificaban en las plazas europeas en nombre de Dios a miles de personas anualmente por la «Santa» Inquisición y las hambrunas tan comunes entonces en el Viejo Mundo arrojaban evidencia de la existencia de necrofagia y canibalismo), la inevitable incompreensión de lo que veían y el interés por hacerlo aborrecible a los ojos europeos y de los conquistadores mismos, sirvió para identificar el valor dado a la sangre en los

ritos aborígenes con el vampirismo, el nahualismo con la licantrópía, el pretendido dominio shamánico sobre la lluvia, las tempestades y las enfermedades con la brujería.

No limitándose a la deformación se recurrió a la calumnia más arbitraria.

a) Se identificó al aborígen caribeño con la suciedad y el desaseo, cuando por el contrario las costumbres indígenas eran de un aseo y una limpieza corporal superior a las vigentes para el europeo de entonces.

b) Se consolidó la imagen del indoamericano como mentiroso, borracho y ladrón, atributos aprendidos por estos de sus «maestros» españoles y portugueses.

Tal mitificación se convirtió en punto de partida para la condimentación de una mística de aborrecimiento del «indio», que propició la guerra desatada contra este primero por el conquistador y después por el criollo.

Lamentablemente tal mística sigue viva en otros lugares de América donde el aborígen pudo sobrevivir al genocidio de la conquista y tiene que enfrentarse a otros nuevos, pero igualmente basados en las mismas viejas mitificaciones y mistificaciones que nos presentan igualmente al indio como el enemigo.

Exterminado el aborígen caribeño se recurre a la importación del negro africano como mano de obra para minas y plantaciones en nuestra región. Contingentes enormes de esclavos fueron introducidos ininterrumpidamente durante más de cuatro siglos llegando por ello a convertirse la población de origen africano y sus descendientes en la más importante del área antillana.

A diferencia del indio, para el cual fue necesario construir su imagen de «enemigo» en el ejercicio de la violencia y la guerra que los redujera a siervos, el africano era visto como inferior al europeo desde siglos antes por la tradición esclavista del Viejo Mundo, siendo el Caribe heredero de toda una mitología subestimadora del esclavo, que en esta región fue siempre sinónimo de negro.

Esta identificación de color de la piel y estatus social ha sido desde entonces uno de los grandes males de la región y una de las fuentes de intolerancia y violencia más intensas. Ser negro significaba no solo ser siervo, sino humanamente inferior, incapaz de valerse por sí mismo y mucho menos de utilizar los bene-

ficios de la libertad. La multidiversidad cultural de los africanos y la presencia incluso de muchos procedentes de pueblos de gran desarrollo cultural no impidió que fueran valorados por igual, absolutizando como propios de los negros algunos atributos culturales que contribuyeron a afianzar el carácter salvaje e inferior de estos, tales como:

a) perversidad y criminalidad consustancial con su personalidad, carácter violento, aleroso y traicionero de su comportamiento;

b) portador de actitudes aberrantes en su conducta social, especialmente en la diversión, el sexo y la religión que permitían aplicar a ello los calificativos de paganos, brujos y demoníacos.

Esta construcción mítica aprovecha la experiencia ya acumulada en la satanización del indio, y pretende hacer lo mismo con el esclavo y sus descendientes, libres o no.

La criminalidad grotesca con que se ha pretendido tiene su figura más representativa en el ñáñigo, miembro de la sociedad secreta Abakuá de Cuba, con características de cofradía de hombres organizados para defenderse de los desmanes contra su raza y sus personas, usando para ello medios cruentos y violentos que respondían a los similares que contra el negro se aplicaban.

En la combinación de todos los males posibles se detracta a estos hombres con epítetos terribles. Su religión es brujería de la peor, en la imagen de sus ritos se combinan espectacularmente los daños o bilongos, con la manipulación de cadáveres y sus partes para preparar los más terribles mejunjes y filtros maléficos. Se hace frecuente las referencias al vampirismo e incluso a la necrofagia. Especial mitificación se ha realizado con el Vodú presente en Haití, Cuba y también en Brasil principalmente, y una de sus figuras más espectaculares, el zombie o muerto-vivo convertido en esclavo del hougan o sacerdote voduísta.

El objetivo de tal mitificación era igualmente propiciar las actitudes consecuentes con el tratamiento inhumano al negro, el uso contra él de procedimientos intensamente violentos e, incluso, cuando aquellos asumían sobre todo colectivamente actitudes rebeldes, actuar contra ellos con acciones bélicas de envergadura.

Especial atención debemos prestar al efecto horrorígeno que traían consigo las sublevaciones de esclavos, especialmente las rebeliones de mayor envergadura.

La violencia sistemática ejercida contra el esclavo y las condiciones terribles de trabajo y de vida a que era reducido, especialmente en las minas y plantaciones azucareras y cafetaleras, desplegadas como medio de mantener sujeto y sumiso a aquel infeliz, se convertían frecuentemente en detonante de la rebelión justificada y consecuentemente cruel del esclavo que a la primera oportunidad no solo escapaba, sino que causaba daños, muchas veces incluso en la vida de sus opresores. Esto se hacía más evidente en las rebeldías masivas, verdaderas rebeliones, la mayoría de las veces cruentas y terribles, que tan frecuentes fueron durante todo el período de vigencia de la esclavitud.

Con ello se justificó el temor cargado de odio al negro, al peligro que el negro representaba para la cultura caribeña colonial y tras la abolición de tan odiosa institución, para el orden y la paz.

La otra figura «enemiga» ha sido el mestizo, término de dudosa efectividad en su aplicación en una sociedad eminentemente mestiza como resulta el Caribe.

Si en el Caribe el estatus social ha pasado casi siempre por el color de la piel y la «raza» define «casta», resulta entendible entonces que el mestizo se convierta en un peligro que tiende a borrar las fronteras estamentales de aquel sistema fuertemente castificado.

El racismo va dirigido muchas veces, más que a repudiar al negro, cosa que siempre hace degradantemente, a evitar al mestizo como grupo social numeroso. Gracias a la mística del racismo la pareja interracial se convierte en elemento intensamente repudiable y mientras más efectiva sea esta mística más exótico resulta el mestizo. Si el objetivo de evitar el mestizaje no se logra, quizás por la configuración de racismos menos efectivos, como el vigente para el Caribe hispano-portugués, el peligro del mestizo se intensifica y su fantasma se hace más cotidiano. Este mestizo socialmente evidente se convierte en sector social intermedio, situado por debajo del blanco y por encima del negro o del indio, por mencionar solo los casos más frecuentes, lo que los hace objeto de una segregación doble, de uno y otro bandos. Si logra abrirse camino en la sociedad, a pesar de ello, la represión contra este sector se hace más intensa. Se repiten los recursos horrorígenos que hacen del mestizo:

a) Un ser degenerado y portador de taras genéticas, psíquicas y sociales.

b) Personas envidiosas, emponzoñadas con la sociedad, ambiciosas y ruines.

c) Lujuriosas y aberradas en el sexo, propensos a demostrar su capacidad de «adelantar» en la escala social, incluso a costa de demostrarlo por medios violentos y viles.

Cuando el mestizo protestó y trató de lograr un estatus social más decoroso para sí, la respuesta llegó a ser terrible. El miedo al mestizo justificó represiones y cacerías tan crueles como la ocurrida contra la denominada *Conspiración de la Escalera* en Cuba, donde las principales víctimas lo fueron intelectuales, artistas, artesanos y comerciantes mestizos de la isla que intentaban consolidarse socialmente.

No menos terrible fue la mitificación del criollo, término que asume sentido como resultado más consecuente del colonialismo en este Mediterráneo americano. Criollo fue en El Caribe, primero el hijo americano de los colonialistas europeos, y por tanto de raza blanca, y solo después, mucho después, fue negro y mestizo. Esto último añade al tratamiento de este sector los criterios configurados para estas dos últimas «figuras» sociales.

El conflicto con el criollo empieza por el desprecio y la subestimación a este en las sociedades coloniales. Dominar colonialmente a un territorio o el intento de hacerlo implica hacer uso de la imagen del criollo para malignizar al habitante autóctono del mismo.

Durante los intentos europeos por mantener o reconquistar sus colonias caribeñas o norteamericanas, por establecer su primacía en esta región durante finales del siglo XIX y el siglo XX, el elemento más recurrente fue el repudio al caribeño en su múltiple condición de negro, mestizo y criollo.

Internamente, en El Caribe heterogéneo, pluriétnico y multicultural, se vienen produciendo procesos de homogeneización étnico-cultural e identidad específicos consecuentes con las características político-administrativas más simples que asumen los países integrantes del territorio, especialmente los insulares. Estas tendencias se hacen especialmente negativas con la característica configuración desigual y siempre insuficiente de posibilidades sociales (como corresponde a estos países como subdesarrollados, la mayoría de ellos intensamente pobres).

Ello propicia conflictos regionales y locales intensos, así como migraciones internas y externas propiciatorias de tendencias a defender «lo propio» como equivalente de lo local, lo familiar y lo personal, por encima de los demás. Con ello se favorece el establecimiento de violencias comunes y casi siempre generalizadas que en no pocos casos han degenerado en o contribuido a la expresión de conflictos bélicos diversos en el que el enemigo va a ser el «otro», sea éste el vecino, el forastero o el emigrante, lo que tiende a mantener la atomización de una región que necesita de la integración como única vía de subsistencia.

La solución de tales conflictos nos conduce a presentar como tarea priorizada en la región la desmitificación: la desmitificación que permita enfrentar las causas reales de los problemas y conflictos sociales existentes.

En el Caribe ello conduce a la necesidad de contribuir al fortalecimiento de la identidad nacional y regional de nuestros países y la disposición de la sociedad para enfrentar y solucionar las grandes injusticias sociales aún existentes, especialmente la indispensable redistribución más justa de la riqueza social y el acceso de las grandes masas pobres a los beneficios sociales fundamentales ●

